

y siempre se deletrea ó silabea en el sentido vulgar de estas dos últimas palabras. Sentado esto, continuemos nuestra enumeración y superficial reseña.

Pertencen á la primera categoría los métodos *geométrico* é *iconográfico*, los *mneumónicos* y los *mecánicos*.

El procedimiento llamado *geométrico* consiste en distribuir artificialmente las letras del alfabeto, atendiendo á su generación por la línea recta ó la curva, ó por la reunión de ambas. Ya se deja conocer que este procedimiento tiene por objeto facilitar el conocimiento de las letras, presentando reunidas aquellas cuya figura tiene más puntos de contacto, á fin de que los niños perciban mejor las diferencias que las caracterizan. Este orden sólo facilita el primer paso de la lectura, especialmente para aquellos que consideran en ella la palabra escrita.

El procedimiento *iconográfico* ó simbólico es aquel en que acompañan á la letra una figura cuya letra inicial de la palabra que la exprese es la misma letra que se quiere dar á conocer. Así á la *a* acompaña la figura de un abanico ó de un águila; á la *b* unas balanzas, á la *c* una cabra, á la *d* un dardo, por ejemplo, etc. Este procedimiento es muy antiguo, puesto que se pierde su origen en el de la escritura simbólica. Tiene por objeto facilitar al niño con la vista de la figura el recuerdo de la palabra que la expresa, y por consiguiente el de la letra que le acompaña. Este procedimiento, sea ó no eficaz, tampoco allana más que el primer paso de la lectura. No puede haber inconveniente en aplicarlo y hasta en enlazarlo con el anterior, ó sea con el método geométrico: puede ser de mayor utilidad en las escuelas de párvulos.

Los procedimientos conocidos bajo el nombre de *mneumónicos* tampoco tienen más objeto que los dos anteriores: facilitar el conocimiento de las letras. El nombre de la figura no comienza ya por la letra que se desea dar á conocer, sino que se procura la semejanza de la misma letra con la figura de la boca al pronunciarla. A veces representa unas caras cuyos gestos exagerados tienen alguna semejanza ó analogía con la letra, por la manera con que colocamos los labios cuando la pronunciamos. Este procedimiento es en nuestro dictamen, no sólo de ninguna utilidad, sino hasta ridículo.

Las *cintas*, las *letras móviles*, los *cuadros circulares de resorte* ú *oblongos*, forman el aparato de los procedimientos verdaderamente *mecánicos*, porque descansan en un mecanismo material.

El procedimiento de las *cintas* consiste en emplear dos, que se arrollan sobre dos cilindros. Estas cintas están dispuestas circularmente y unidas por sus dos extremos: en la una se hallan señaladas las letras vocales mayúsculas y minúsculas; en la otra las consonantes. El desarrollo de las cintas produce gran combinación de letras, y forma diferentes sílabas.

Las *letras móviles* están formadas de cartón, madera ú hoja de lata. Sirvese de ellas el maestro colocándolas sobre un tablero negro ó blanco, para que el color de las letras se perciba me-

jor, ó haciendo que los niños las coloquen, para formar ó expresar con las letras las palabras que les dicte. Este procedimiento se emplea generalmente en las escuelas de párvulos; pero no hay inconveniente en emplearlo en las escuelas comunes. Facilita algún tanto la lectura, y habitúa al análisis y la síntesis.

Los *cuadros circulares de resorte* se componen de varios cuadrantes concéntricos, con una abertura, que sólo presenta en cada círculo una letra. El primer círculo contiene las consonantes mayúsculas, el segundo las vocales mayúsculas; los otros contienen las consonantes y vocales minúsculas, y finalmente las cifras. El movimiento de estos círculos produce gran número de combinaciones, que pasan sucesivamente ante los ojos del niño. Este procedimiento no es más que una aplicación del de las cintas, del que hemos hablado.

Los *cuadros oblongos* son una repetición modificada de los circulares.

Según fácilmente se deduce, los procedimientos que acabamos de mencionar, pertenecientes á la categoría del principio visual, si bien pueden facilitar los primeros pasos de la lectura, no dispensan de un método que la abrace en su conjunto.

A la segunda categoría pertenecen todos aquellos procedimientos que toman por base los órganos de la voz.

Consisten principalmente en la distribución artificial de las letras en un orden distinto del que marca el alfabeto y la figura de las mismas letras, y atendiendo únicamente á la generación de los sonidos que representan. Comiénzase de ordinario por las vocales; y respecto á las consonantes, se atiende por lo común al orden de mayor ó menor facilidad con que se pronuncian las articulaciones.

El P. Santiago Delgado, en su *Arte de leer teórico-práctico*, aplicó este método á la lectura de los idiomas castellano y latino de una manera muy racional, y que revela su sano juicio y buen criterio. Da primero á conocer las vocales simples y aspiradas con la *h*; luego las vocales compuestas, y finalmente las consonantes, por el orden siguiente: 1.º las labiales; 2.º las lingüales; 3.º las guturales; 4.º las dentales. Una vez conseguido este conocimiento, continúa el P. Delgado presentando las sílabas por el mismo orden, y encarga muy particularmente que se prescinda del deletreo, ó sea de pronunciar la consonante y la vocal, para luego formar la sílaba. Esta, según él, debe pronunciarse de seguida; esto es, que no se ha de decir *eme, o, mo*; sino simplemente *mo*. A cada lección de sílabas acompaña un ejercicio de palabras formadas por las sílabas ya conocidas. Este método, según se ve, es natural y bastante lógico, y no se detiene aquí como otros muchos, pues en su segunda parte se continúa la enseñanza de la lectura en otro libro, que presenta diversas formas de estilo, y el valor de los signos de puntuación para el conocimiento de la lectura de frases y períodos.

Fácilmente se deja conocer que el P. Santiago Delgado, si bien se emancipó de la enseñanza rutinaria del deletreo, no se

apartó por eso, en nuestro concepto muy acertadamente, del método literal. Quería que los niños aprendiesen primero las vocales; y luego las consonantes, por el orden de mayor facilidad en la pronunciación; pero prescindía de la repetición de estas mismas letras en la lectura de las sílabas, en lo cual obraba también con mucha cordura.

Naharro, cuyo *Arte de leer* goza de tanta reputación, porque, según se cree, ha seguido exclusivamente el método silábico, no abandonó tampoco el literal, puesto que su primera tabla contiene las vocales simples, y la segunda las compuestas. Es verdad que, á imitación del P. Delgado, prescindió del monótono deletreo en la lectura de las sílabas; pero como los niños llevaban aprendido uno de los dos elementos que constituyen la sílaba escrita, cuando ésta consta de voz y articulación, venían á aprender los signos de ésta en la frecuente repetición silábica. Respecto al orden de presentar ésta, siguió también el principio orgánico. Para su ejecución en la práctica compuso su atlas en cincuenta y dos tablas, que comprenden los sonidos ó vocales, las sílabas y diptongos por el orden orgánico, y, por último, los alfabetos, según el establecido en el Diccionario. Vese, pues, respetado en Naharro el principio literal. Compuso además Naharro otro librito, titulado *Método práctico*, que no analizamos, porque anda en manos de todos. Naharro hizo un gran bien á la enseñanza de la lectura, logrando sustituir con su *Silabario* y *Método práctico* la *Cartilla* y el *Catón* antiguos.

Todos los ensayos verificados para modificar los *Artes* del P. Delgado y de Naharro, no han llegado ciertamente á conseguir lo que se propusieron, ni aun á igualarlos en mérito. Por eso suspendemos aquí el examen de los demás procedimientos fundados en el principio orgánico.

Réstanos sólo echar una rápida ojeada á los métodos de la cuarta categoría, es decir, á aquellos que, fundándose en principios generales de enseñanza han hecho aplicación de ellos á la de la lectura.

La celebridad, no menos que la rectitud del juicio, dan la preferencia en este examen al método de Pestalozzi. Sabido es que éste, fundando todo su método en la intuición y en el principio interrogatorio, no había de abandonarlos en la enseñanza de la lectura. Comenzó, pues, ésta dando á conocer las letras por medio de gruesos caracteres pegados á unas tablillas para colocarlos donde mejor le acomodaba. Luego que los niños los distinguían entre sí, les leía una palabra cualquiera de un libro, y les hacía acerca de ella las preguntas siguientes:

- ¿Cuántas letras hay en esta palabra?
- ¿Cuál es la primera?
- ¿Cómo suena con la segunda?
- ¿Cómo suenan las dos primeras con la tercera?
- ¿Cómo suenan las tres primeras con la cuarta, etc., etc.?

En esto consistía el primer ejercicio. En el segundo las preguntas versaban sobre lo que sigue:

- ¿Cuántas sílabas hay en esta palabra?
- ¿Cómo suena la primera?
- ¿Cómo suena la primera con la segunda, tercera, etc.?
- ¿Cómo suena la palabra entera?

El tercer ejercicio tenía por objeto hacer leer varias veces de seguida la misma palabra, separando con cuidado cada sílaba. Formaba el cuarto ejercicio la lectura del primer miembro de una frase cuyas palabras se habían leído antes del modo predicho, y finalmente, el quinto consistía en la lectura de frases enteras cuyos miembros hubiesen leído antes de la manera indicada. Tal era el método de Pestalozzi.

Por el orden lógico, tras el profesor suizo viene el filósofo Jacotot. Su método general ó natural, como le llama, consiste en no tener ninguno. Jacotot suprimió de una plumada las escuelas y los maestros. Proclamó el principio de que puede enseñarse lo que se ignora, y que todo puede aprenderse por sí mismo sin necesidad de maestro ni guía. El secreto consiste en aprender bien una cosa y referir á ella todas las demás. Lo que se ha de aprender puede conseguirse por el esfuerzo individual; basta querer. La naturaleza es nuestra maestra en un principio, y por consiguiente, algo nos habrá enseñado para referir á él lo que tengamos que aprender. Jacotot, para comprobar la excelencia de su método, sentaba como principio: *todos los hombres tienen una inteligencia igual: todo se halla en todo*. Jacotot ensayó su método en la enseñanza de las lenguas: *El Telémaco* de Fenelón fué su libro favorito. A los españoles pudiera servirnos el *Quijote* de Cervantes. Pero su método es igualmente aplicable á la lectura. Según el, basta querer saber para saber. Una madre ignorante, que no conozca la A, puede aprender á leer por sí misma si sabe el *Padre nuestro*, le tiene escrito en un libro y le mira con frecuencia y atención al pronunciar las palabras de la oración de Jesucristo. Siguiendo el mismo método, y haciendo observar á los niños los mismos principios, podrá conseguir que éstos aprendan también por sí mismos á leer. Basta al efecto que refieran lo que les ha enseñado la comparación recitada del *Padre nuestro* con esta misma oración escrita, y referir todo lo demás á lo que por este medio se haya aprendido. Lo que acabamos de decir indica sobradamente que, si hay en ello un principio de verdad innegable, pues la observación es madre de la ciencia, Jacotot ha llevado este principio hasta la exageración. Es verdad que luego propone, no sólo que nos valgamos del maestro para dirigir la investigación de los principios y relaciones de la lectura en una frase dada, sino que juzga oportuno una serie analítica de preguntas y de rectificaciones por el maestro, lo que equivale á permitir el principio interrogativo en esta enseñanza; y ya vimos en otro lugar la gran utilidad que de él puede sacarse.

Un español, cuya memoria es justamente apreciada, apoyado en los principios de Pestalozzi, y principalmente de Jacotot, fundó su famosa *Teoría de la lectura ó Método analítico para enseñar y aprender á leer*. Nuestros lectores comprenderán fácil-

mente que nos referimos al Sr. Vallejo. Este esclarecido escritor basó su método en la frase: *Mañana bajará chafallada la pacata garrasayaza*, como Jacotot en la suya *Calipso no podía consolarse de la marcha de Ulises*, etc., etc. La teoría del Sr. Vallejo es conocida de todos, y por eso no continuaremos aquí su análisis. Baste decir que todo su método consiste en la descomposición de la frase indicada en sílabas, presentadas en una clave, y de varias reglas poco inteligibles, especialmente para los niños, y que marcan el modo de reunir las sílabas y las palabras.

Cuanto acabamos de referir relativo á los métodos y procedimientos de lectura hará conocer á nuestros lectores que no hemos poseído hasta ahora un método completo de lectura, ni unos procedimientos que establecieran su acertada práctica. Los que se han llamado métodos de lectura no han sido más que maneras de proceder para alcanzar los primeros rudimentos de esta enseñanza, ó cuando más una perfecta inteligencia de la escritura por medio de análisis y síntesis más ó menos completos. No se ha pensado en formar un curso metódico de lectura, que, empezando por sus elementos, condujera al niño al perfeccionamiento de este arte. Nadie ha pensado tampoco en que, para el niño que sabe leer se abre ante sus ojos un nuevo mundo, que le pone en relación con los ausentes y con los que antes que él existieron, y no le ocupan sólo los pensamientos de sus contemporáneos que le rodean, sino los de toda la humanidad en todo su conjunto y en toda la serie de los siglos. ¿Y no sería peligroso abandonar al niño en este nuevo laberinto de ideas, sin guiarle en su acertada elección? Ciertamente que sí; y por eso, al generalizar la lectura á todas las clases sociales, es necesario que el método sea altamente filosófico; que este mismo método habitúe al niño á la observación y á distinguir lo verdadero de lo falso; que le inspire gusto por lo bello; que le haga apreciar las bellezas del idioma patrio; que le inspire deseos de conocer á sus eminentes escritores; que las ideas morales y los conocimientos útiles se encadenen naturalmente en el aprendizaje de la lectura; finalmente, que todas las ideas que adquiriera durante la enseñanza de este admirable arte le conduzcan á despertar en su ánimo la idea de Dios por medio de la contemplación de las maravillas de la naturaleza y de su propio sér. El niño que aprende á leer bajo los auspicios de un método filosófico como el que acabamos de bosquejar, adquiere, no sólo un gran medio de ensanchar la esfera de sus conocimientos, sino un guía seguro para conducirse siempre por la senda de lo justo y de lo bueno. Las ideas religiosas que nacen de la contemplación del orden y armonía de la naturaleza, puestas continuamente en acción desde que comienzan los primeros rudimentos de la lectura, son una saludable semilla que dará después opimos frutos. Como hemos dicho al comenzar nuestras consideraciones acerca de la enseñanza de la lectura, nuestros preceptistas del arte han pensado muy poco en las grandes ideas á que acabamos de elevarnos. Todos sus conatos se han dirigido á conseguir el que los niños vencieran rápidamente todas las dificultades de la

lectura. Ciertamente que la economía de tiempo es una cosa que no debe despreciarse; pero es el caso que tampoco han acertado á llenar esta necesidad, que tanto abultaban y presentaban en primer término. La enseñanza de la lectura en nuestras escuelas era una cosa interminable; esto era tanto más lastimoso, cuanto que el niño no aprendía ninguna otra cosa hasta que comenzaba por lo menos á leer de corrido, según entonces se decía. Ahora que todas las enseñanzas comienzan para el niño desde el momento en que pisa la escuela, pierde en cierta manera su importancia la rapidez de conseguir la adquisición de los primeros elementos de lectura. Por otra parte, tenemos una firme persuasión en la exactitud del raciocinio del retórico Quintiliano acerca de la importancia del tiempo, que consideraba como un elemento necesario para aprender á leer; elemento que en vano se pretende eliminar de su enseñanza. «Cuando los niños lean, dice, que no se forme empeño ni apure la articulación de las palabras, ni su reunión antes que se vea reunen sin vacilar las letras. Es increíble cuánto esta precipitación perjudica á la lectura, y cuánto así atrasan los niños en ella por quererlos obligar á que adelanten demasiado...» La experiencia nos ha dado á conocer la verdad que encierran estas palabras de Quintiliano. Así, muchos de nuestros métodos de lectura, que á continuación de cierto número de sílabas ó de palabras que las contienen (pues también los racionalistas han incurrido en ese error), ponen un ejercicio de frases, formado por la combinación de dichas sílabas ó palabras, lejos de conseguir el objeto de apresurar la enseñanza que se proponen, la atrasan considerablemente. Es más, forman en el niño un hábito fatal de vacilación y falta de sentido en la lectura de los períodos, que no es posible conseguir desterrar, aun después que comienzan á leer con desembarazo. Este procedimiento es sobre todo perjudicialísimo para lograr la perfección en la lectura en alta voz, que como primer requisito exige una pronunciación distinta y pura. Los que duden de nuestro aserto, que hagan la experiencia que vamos á indicar. Enséñense dos niños de igual edad y próximamente de la misma comprensión; al uno por el método vicioso que acabamos de indicar, al otro por una serie bien larga de palabras, desde las monosílabas hasta las polisílabas, y aunque en su disposición no haya el mayor mérito ni criterio. Empléese para ello el silabeo ó deletreo; es indiferente. El primero, es decir, el que aprenda por el procedimiento defectuoso que acabamos de mencionar, leerá más pronto frases y períodos, pero con vacilación y sin sentido; el segundo, por el contrario, tardará más tiempo, quizá el doble, en romper á leer; pero leerá con pausa, con pureza, con sentido y sin vacilar; perfeccionaráse indefinidamente, mientras que el otro saldrá tal vez de la escuela sin poseer una lectura corriente y pura. Esta experiencia, que todo el mundo puede hacer, convencerá que el mérito de algunos métodos de lectura se desvanece como el humo; una indiscreta y poco meditada economía de tiempo es un gran mal.

Puesto que hemos mencionado los principales defectos de que adolecen la gran mayoría de los procedimientos y métodos de lectura, réstanos consignar nuestra opinión acerca del mejor método y procedimiento en la enseñanza de este importantísimo ramo. Lo que dejamos dicho revelará ya bastante á nuestros lectores el pensamiento que nos domina en esta parte.

Un método de lectura en nuestro juicio ha de ser completo, filosófico; completo, es decir, ha de abrazar no sólo el conocimiento de las letras, la reunión de éstas en sílabas: la de éstas en palabras, la de las palabras en proposiciones, y la de éstas en frases y períodos, sino el de la entonación de los períodos, por medio de los signos ortográficos y puntuativos, los énfasis, la modulación, las cadencias y la expresión. Ha de dar un conocimiento exacto, teórico y práctico de la lectura de los palabras y de las frases; ha de comprender los diversos generos de escritos, el verso y la prosa; y en una palabra, ha de tener presente todos los requisitos que exige la buena lectura en alta voz; esto es, pronunciación clara, inteligencia del escrito, conocimiento prosódico, alternativa de respiración, pausas, énfasis, cadencias y modulación proporcionada al sentido, belleza y armonía del discurso, naturalidad y gracia de expresión. El método ha de ser filosófico; esto es, ha de graduar las dificultades de la enseñanza, ha de acomodarlas al desarrollo intelectual de los niños, ha de proporcionarles conocimientos familiares y útiles, siguiendo el mismo desarrollo, y finalmente, ha de infundirles sanas doctrinas morales y religiosas.

Siguiendo estos principios, un método de lectura dividiráse naturalmente en tres grados. Constituye el primero el conocimiento de la lectura de las letras y de las palabras. La disposición del libro ó cartilla que ha de contener este grado preliminar, es en nuestro concepto bastante natural. En efecto, todos los autores convienen en que se den primero á conocer las vocales, y por consiguiente los signos que las representen serán los primeros que se pongan á la vista de los niños; y luego las mismas vocales acompañadas de la letra *h*. Para fijar más la atención del niño, es útil presentar á continuación, mezcladas entre sí, las vocales en diversa dirección y manera. He aquí, pues, cual debiera ordenarse este primer ejercicio:

a	e	i	o	u
ha	he	hi	ho	hu
		y		
A	E	I	O	U
		Y		
a	e	i	o	u
e	i	o	u	a
i	o	u	a	e
o	u	a	e	i
u	a	e	i	o

Lo que en seguida debe presentarse á los niños son los sig-

nos de las letras consonantes. ¿En qué forma? El método orgánico no tiene en nuestro concepto la importancia que ha querido dársele. Los niños que van á la escuela no van allí á aprender á hablar, sino á leer. En las mismas escuelas de párvulos, á que concurren niños de dos á tres años, no se tiene en cuenta para nada la facilidad de pronunciación para la enseñanza de las letras, y, sin embargo, en las escuelas de párvulos las aprenden todos. La vista es el sentido por el cual el niño adquiere este conocimiento, y por consiguiente, es más útil atender á la forma que presentan las letras, y siguiendo este principio, nos parece ser más natural la siguiente:

B	D	T	F	V	H	L	Ll	P
b	d	t	f	v	h	l	ll	p
Q	C	CH	G	J	S	Y	M	N
q	c	ch	g	j	s	y	m	n
		Ñ	X	R	Z			
		ñ	x	r	z			

Una vez conocidos por el niño estos primeros elementos de la palabra escrita, el orden natural y lógico indica la utilidad de poner á su vista algunas palabras sencillas, y en lo posible familiares, cuya lectura, descomposición y recomposición les indique el mecanismo de la lectura de las sílabas. Al efecto creemos de suma utilidad los cuadros A, B y C, que copiamos á continuación.

(A)

be	di	tu	fe	vi	la	po	ca	cho	si	yo	mu	no	re
a	a	a	a	a	e	a	»	a	a	a	a	a	a
i	e	e	i	e	i	e	»	e	e	e	e	e	i
o	o	i	o	o	o	i	o	i	o	i	i	i	o
u	u	o	u	u	u	u	u	u	u	u	u	u	u

(B)

a-llá	fa-ja	gu-la	pa-gue	a-re	ma-za
a-llí	e-je	ga-je	va-ra	a-rre	ca-ro
e-llo	a-quí	ge-me	ba-rra	co-la	ce-na
a-jo	que-ja	gi-ro	pe-ro	zu-mo	ze-lo
va-no	ju-go	gui-so	pe-rro	cu-na	ci-ma
lle-no	ri-ña	la-zo			

(C)

id	al	os	en	un
b	b	b	b	b
t	d	t	d	d
f	f	f	f	f
l	l	l	l	l
p	p	p	p	p
g	c	c	c	c
j	g	g	j	j
s	j	j	s	s
m	s	m	m	m
n	m	n	n	n
r	n	r	x	m
z	r	z	r	r
»	z	»	z	z

El cuadro A, con su complemento B, puede servir al maestro para dar al niño un conocimiento preliminar de las sílabas directas; el cuadro C les presta iguales servicios para las sílabas inversas. Además, como la base de dichos cuadros son palabras significativas, cuya acepción debe darse á conocer desde luego á los niños, estos primeros pasos de la enseñanza no son más que ejercicios analíticos y sintéticos, como Pestalozzi, Jacotot y Vallejo propusieron; hay sólo en ellos más filosofía, porque se comienza por las palabras más sencillas y cortas de nuestra lengua. El orden natural conduce de aquí á la lectura de palabras, graduando su dificultad por el número de elementos conocidos de que constan, sin atender rigurosamente al número de sus sílabas. En efecto, *da, tu, ir*, son palabras monosílabas y bastante sencillas, que pueden ponerse desde luego á la vista de los niños. Tampoco hay inconveniente en mezclar las sílabas directas con las inversas, puesto que el ejercicio preliminar les habrá iniciado en su mecanismo; pero sería faltar al principio de ir siempre de lo conocido á lo desconocido, y de lo más sencillo á lo más difícil, y faltar también á la condición de una buena síntesis el preferir las palabras; por ejemplo: *bien, fiel*, etc., á las *dia, mio*, etc., y aun á otras, como *baúl, león, teer*, etc., porque éstas contienen dos sílabas y las primeras que hemos mencionado sólo una. El niño aprenderá con mayor facilidad á leer *dia* que *dos*, y mejor *pie* que *pies*. Por consiguiente, es un tránsito más natural el ir de las palabras monosílabas que contienen una sola sílaba directa ó inversa, á las que contienen dos sílabas una directa y otra formada por una sola vocal, que continuar con los monosílabos de tres y cuatro letras, porque en el primer caso, el niño conoce ya, no sólo los elementos, sino la manera de unirlos; y en el segundo, si bien puede decirse que conoce los elementos, no así la manera de enlazarlos. Las palabras de dos sílabas, como *liar, país*, no presentan tampoco las mismas dificultades que las monosílabas *luz, pan*. En efecto, el niño conoce ya, ó á lo menos por analogía, las dos sílabas de que constan

aquéllas, y está enterado del mecanismo de su reunión, siéndole por el contrario desconocido el de las segundas. Además, como las palabras se le han de presentar subdivididas en sílabas, la dificultad se aminora todavía más, y casi desaparece. Por el contrario, de las palabras bisílabas *piar, peón*, se pasa naturalmente á las monosílabas *bien, Dios, piel*, etc., que conducen naturalmente al niño á comprender la lectura de las demás monosílabas, como *das, don, dos, mar*, etc. Como llegado aquí, el niño conoce ya todas las especies de sílabas que abrazan las palabras que acabamos de mencionar, y otras análogas á las mismas, puede internársele insensiblemente y progresivamente en la lectura de las palabras bisílabas y de tres sílabas, que no contengan las que se llaman de contracción. Estas vendrán después; en la inteligencia, que al llegar á esta altura de conocimientos es más fácil para el niño aprender á leer las palabras bisílabas *abro, brisa, otra*, etc., que las monosílabas *Blas, flor, cruz* y otras semejantes; pero ya vencidas estas dificultades, puede continuarse la lectura de todo género de palabras, hasta terminar con las de mayor número de sílabas posible. En la elección de las palabras que empleemos ha de tenerse presente el conseguir que su colección reúna casi todas las combinaciones de sílabas que pueden presentarse en la lectura de las palabras de nuestra lengua, y que en lo posible sean de acepción fácil para la comprensión de los niños. El orden que indicamos contribuye admirablemente al desarrollo de su inteligencia, pues le hace adquirir y recordar á cada palabra una idea nueva. El niño que desde sus primeros pasos en la lectura conoce lo que lee, cobra gusto por esta ocupación, comprende su utilidad, fija su atención, pone en ejercicio el juicio, la inducción, la abstracción, la generalización, facultades todas de nuestra alma que tanto conviene desarrollar. No adquiere el fatal hábito de leer por largo tiempo sonidos que nada significan; por el contrario, se acostumbra á mirar las palabras como signos de ideas, y éstas como imágenes de cosas. Cuando se haya conseguido que el niño adquiera facilidad en la lectura de palabras ordenadas según queda dicho, deben ponerse ante sus ojos los diversos caracteres que usa la imprenta, por el orden alfabético; pues este conocimiento es, no sólo necesario para continuar la lectura, sino sumamente provechoso para el manejo é inteligencia de los diccionarios. También es conveniente presentarle las cifras árabes y las seis letras que entran en la combinación de los números romanos. Para los que se afanan por conseguir que el niño lea lo más pronto posible algunas frases rebuscadas y de incoherente y forzado sentido, y que al efecto no vacilen en colocar al frente ó al lado de un conocimiento silábico, formado por una combinación de sílabas ó bien de palabras, otro ejercicio de frases combinadas con las sílabas ó palabras conocidas, se extrañarán que nosotros, que abordamos este procedimiento en toda la serie de palabras, de cuya combinación ha de resultar el conocimiento de las diversas sílabas que constituyen las dicciones castellanas, no aconsejamos todavía, después de haber conseguido que el niño ven-

za estas dificultades, el tránsito á la lectura de frases. Sin embargo, consecuentes con nuestros principios, aconsejados por la experiencia, convencidos de la necesidad de tiempo para aprender á leer con soltura y sentido, y de la gran utilidad que para conseguirlo presta un hábito prolongado de leer correctamente palabras, queremos aún que al llegar aquí se continúe con un ejercicio de la misma especie, si bien en la elección de éstas palabras se ha de prescindir ya del orden antes indicado, y se ha de atender únicamente al significado de las mismas. Así, las partes del cuerpo humano, los muebles de una casa, las partes de una ciudad, las piedras comunes y las preciosas, los metales, los combustibles, las plantas, los árboles, los animales mamíferos, las aves, los reptiles, los peces, los insectos, los títulos y dignidades, las diversas medidas y monedas, son asuntos de que pueden entresacarse palabras para formar los ejercicios que acabamos de mencionar. Como todo debe ser gradual en los conocimientos que se den á los niños, como es indispensable que los tránsitos sean inmediatos y continuados sin dejar vacíos intermedios, todavía antes de hacer leer á los niños frases, conviene ejercitarlos en la lectura de varios nombres de españoles ilustres, que, por las diversas palabras que contienen, constituyen un tránsito natural de la lectura de palabras á la de frases. Para que se forme idea de lo que queremos dar á entender con esto, bastará citar algunos de estos nombres: *Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, D. Jaime el Conquistador, el Cardenal Jiménez de Cisneros, Bartolomé Esteban Murillo, Fray Luis de León, el Padre Juan de Mariana, Miguel de Cervantes Saavedra, etc.*, etc. ¿Quién será capaz de acusar al maestro que ocupe al niño en semejantes ejercicios de lectura? ¿No se enaltecerán con ellos los buenos sentimientos de los niños? ¿No adquirirán desde sus primeros pasos en la escuela ideas útiles y provechosas? ¿No se habrán desarrollado en ellos, no sólo las diversas facultades intelectuales, sino la curiosidad y el sentimiento de lo bello y de lo grande? No se crea que sólo se habrá ganado con esto mejorar el método de lectura en sólo su parte filosófica, sino en su parte didáctica. El niño que haya seguido este método, no sólo habrá desarrollado su inteligencia, sino que leerá con completo desembarazo toda clase de palabras. Entonces conviene comenzar la lectura de frases cortas. Los ejercicios que al efecto se establezcan han de versar sobre Dios y el hombre, sobre los deberes de los niños para con Dios, para con la familia, para con la patria, para con los maestros, para con el prójimo en general y para consigo mismo; por manera que este primer aprendizaje ha de constituir un pequeño curso de moral. Aquí termina el primer grado de lectura: el niño sabe leer palabras y frases; falta dar sólo á éstas colorido y revestirlas de toda la fuerza que exija el discurso. De esto han de ocuparse los siguientes grados de lectura.

En el segundo GRADO ha de comenzar la verdadera lectura corriente. ¿Pero qué ha de leer el niño? ¿Es indiferente poner en sus manos un libro cualquiera? Entonces sabe el niño úni-

camente leer frases de un sentido natural, y de un estilo meramente expositivo. ¿No sería peligroso continuar la lectura de las frases sin la menor gradación? Ciertamente que sí. Y del mismo modo que en la lectura de palabras hemos aconsejado ir venciendo progresivamente las dificultades, y pasar de lo conocido á lo desconocido, así en la lectura de las frases hemos de presentar primero las más fáciles para terminar por las más difíciles. Además, si hemos indicado debe decirsele al niño el significado de las palabras que va leyendo, con objeto de que no ignore nunca el sentido de lo que lea, nada más natural que enterarle en la lectura de las frases, de la vía, sendero ó camino con que ha conseguido leer las palabras. Esto le dará á conocer de qué son éstas expresión, lo que entendemos por *idea, juicio, proposición*; y las irregularidades de la lectura le familiarizarán un día con las de la ortografía. Comprenderá también en qué sílaba se ha de elevar el tono de las palabras que lea. Estos conocimientos teóricos de la lectura de palabras fortalecerán el hábito de leerlas, y continuará leyendo frases cortas y períodos de un movimiento compasado y nada difíciles. Pero como al fin ha de aprender á leer escritos en que reinen la pasión y los diversos afectos del ánimo, el niño necesita, no sólo ejercitarse en esta nueva especie de lectura, sino adquirir los conocimientos teóricos necesarios para emprenderla. Ambas cosas pueden conseguirse á la vez, si el libro que se pone en las manos del niño contiene la teoría de las frases y períodos. Fijarse así naturalmente en su *entonación* con el conocimiento de los signos ortográficos y puntuativos. Los niños irán adquiriendo al mismo tiempo la manera más propia de revelar al auditorio cuanto leen, los énfasis, la modulación, las cadencias y la expresión natural de los sentimientos del alma conforme al género del escrito. En este segundo grado de lectura ha de dominar el mismo principio filosófico que en el anterior. El niño, al paso que aprende á leer con verdadero sentido, ha de continuar el desarrollo intelectual y moral con la lectura de cosas útiles, morales y religiosas.

El tercero y último GRADO de lectura comprende naturalmente tres partes: la primera ha de contener ejercicios de todo género de composiciones literarias en prosa; la segunda, ejercicios de composición en verso, y la tercera, conocimientos útiles en prosa y verso.

Pocas reflexiones serán suficientes para persuadir la necesidad de este tercer grado y de la gradación indicada para conseguir el complemento de una buena lectura. Efectivamente: su tono ó estilo ha de ser análogo y acomodado al del género del escrito. Una discusión política, una narración histórica, una oración sagrada ó académica han de leerse en diferente estilo. Las novelas y anécdotas, la tragedia y la comedia, reclaman también diverso tono, y nadie pondrá en duda cuán diferentemente se lee el verso que la prosa. Así, la primera y segunda parte del tercer grado de la lectura están confirmadas por la necesidad; la tercera, por la filosofía. Nada más importante en

efecto que herir la imaginación del niño próximo á salir de la escuela, poniendo en sus manos un libro que le presente con gran fuerza de colorido toda la belleza y armonía de la naturaleza, toda la bondad y sabiduría de la Providencia, y como en lontananza, la utilidad positiva de ciertos conocimientos; en una palabra, las ventajas del trabajo, de la ciencia y de la virtud. ¿Y no ganará inmensamente nuestra hermosa lengua haciendo que los niños lean obras originales españolas, y cobren afición á nuestra literatura nacional? ¿No es vergonzoso que en nuestras escuelas no se ponga en manos de los niños sino libros mal traducidos del francés ó de otros idiomas? ¿No se corrompe por este medio cada día el buen gusto, y decae nuestra lengua? ¿No se cuenta por nada el que los niños se familiaricen desde la infancia con los nombres de Cervantes, Mariana, Solís, Herrera, Rioja, Fray Luis de León y tantos otros que ilustraron nuestra literatura? ¿No es útil y altamente nacional que los niños lean, aunque no sea sino pequeños trozos de estos modelos de bien decir? (1) No prolongaremos nuestras reflexiones, que serían interminables; bastan las hechas.

Expuestas nuestras ideas acerca del método de lectura, restan ahora manifestar la manera más propia de proceder para conducir por la senda trazada al perfeccionamiento de este arte.

Antes de manifestar el cómo debe darse la enseñanza de la lectura, según nuestro método, mencionaremos los diversos enseres que al efecto necesitamos. No nos detendremos en consignar aquí lo que ordinariamente se hace. Diremos lo que nosotros creemos conveniente, aunque no todo sea igualmente indispensable. Sabemos que quizá con menos se consigue el fin; pero nosotros queremos ir á este mismo fin por el camino más fácil, llano y corto, y por eso hemos de parecer más exigentes. Ordinariamente se emplea para el primer grado de lectura una serie de carteles ó bien uno ó dos libritos. También se auxilian estos medios con algunos aparatos, según ya hemos visto. Los carteles se usan por lo común en las escuelas mutuas; los libros en las que se rigen por el sistema simultáneo ó mixto; los aparatos auxiliares en las de párvulos. Nosotros pensamos que una serie de carteles que contenga exactamente todo el primer grado de lectura, es cosa útil y económica, pero que nunca dispensa de un libro donde estén reproducidos los mismos carteles. Ya hemos consignado cuál debe ser el método que ha de dirigir la redacción de estos dos medios de enseñanza. También pensamos en un excelente auxiliar de ambos medios, una buena colección de letras móviles. Como según luego veremos, la enseñanza de la lectura ha de comenzar por un ejercicio oral, analítico y sintético de un período elegido de intento; como este período se ha de recitar primero, y luego ver, analizar y comparar repetidas veces durante toda la serie de lecciones del primer grado, es también esencial que posea la escuela un gran

(1) LOS CUADERNOS DE LECTURA por los señores *Avendaño y Cardenera* realizan las ideas que acabamos de emitir acerca de la lectura.

cartel donde esté escrito el mismo período; y he aquí los útiles convenientes para proceder á la enseñanza de la lectura. Ahora veremos el modo de emplearlos, que es su verdadero procedimiento.

Un ejercicio preliminar de análisis y síntesis oral de algunas frases y palabras, es un excelente medio que predispone al niño á la enseñanza del arte de leer, que en último resultado no es otra cosa que un ejercicio general de la misma especie. Después de haber pensado por algún tiempo en el trozo que elegiríamos para tal objeto, nos hemos fijado en este bellissimo y sencillo pasaje de Cervantes:

«Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la  
»ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos  
»cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus  
»arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba,  
»cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y empezó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel.»

Como el período que acabamos de insertar ha de estar escrito en un gran cartel, y colocado éste sobre el primero de lectura que ha de contener las *vocales* y *consonantes* por el orden que hemos manifestado en otro lugar (1), el maestro, ayudante ó instructor, puesto con sus discípulos ante dichos carteles, leerá con mucha pausa la primera frase del período, esto es: *Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos*. En seguida procurará interesar la curiosidad de los niños explicándoles el sentido de esta frase. Diráles cómo los poetas llaman Apolo al sol, y como las doradas hebras de sus cabellos son los rayos que despide el astro del día, á quien tuvieron los gentiles por verdadero Dios, autor de la naturaleza y del mismo sol. Luego les dirá: «esta frase consta de veintiuna palabras, á saber: *Apenas*, una; *el*, dos; *rubicundo*, tres; *Apolo*, cuatro, etc.» El maestro ó instructor irá marcando al propio tiempo las palabras en el cartel, y practicada ya varias veces esta operación, les dirá: ¿Cuántas palabras hay en las frases *Apenas*, etc.?—Veintiuna.—Cuéntelas V., Anselmo.—*Apenas*, una; *el*, dos, etc.—¿Cuál es la primera palabra de la frase?—*Apenas*.—¿Y la segunda?—*el*.—¿Y la tercera?—*rubicundo*.—¿Y la última?—*cabellos*.

A este ejercicio ha de acompañar el señalamiento de la palabra; de esta manera continuará con las demás frases del período hasta conseguir que los niños cuenten las palabras que tiene cada frase, y sepan el lugar que ocupan en el cartel. Los niños lo saben entonces todo de memoria, y puede comenzarse el análisis oral de las palabras. Al efecto, se les hará notar que no

(1) Página 209.



Así que los niños comprendan medianamente estos principios, se les pasará al segundo cartel, que es el que hemos señalado con la letra A. Muy fácilmente leerán los niños las palabras RE, DI, TU, etc., de que consta. Debe decirse á los niños el significado de las mismas, y hacérselas descomponer, esto es, buscar los diversos elementos ó letras de que constan. Así, por ejemplo, luego que el niño lea DI, se le dirá: ¿Cuántas letras hay en la palabra DI?—Dos.—¿Cuáles son?—D é I.—Y si en lugar de I pusiéramos A, ¿cómo diría?—DA.—¿Y si E?—DE.—¿Y si O?—DO, etc.—Del mismo modo se continuará con las demás palabras y letras.

La variación de ejercicios es un gran recurso para sostener la atención y despertar la curiosidad de los niños. Así, es necesario que al paso que adelantan en la lectura de las palabras, alterne, no sólo la lectura en carteles con la lectura en cuadernos, sino con los ejercicios analíticos y sintéticos del período de Cervantes ya citado. El que lea alternativamente en los carteles y los libros ó cuadernos, es más importante de lo que á primera vista parece. Siempre es difícil el tránsito del cartel al libro. La diferencia de tamaños en los caracteres, y hasta la diferente forma del escrito, es una dificultad para el niño; pero la alternativa propuesta, no sólo allana esta dificultad, sino que auxilia ambos procedimientos. Por lo que hace al ejercicio de análisis, es de suyo de gran valía para que los niños se fijen bien en el mecanismo de la lectura. Cuando los niños lean además del cartel de las letras el que señalamos con las A, B, C, el ejercicio analítico y el sintético se hará diciendo al niño, por ejemplo; ¿Cuántas sílabas hay en *Apolo*?—Tres.—¿Cuáles son?—A...po...lo.—¿Cuántas letras hay en la primera?—Una.—¿Cómo se llama?—A.—Búsquela V. en las letras móviles. (El niño la buscará y colocará sobre el tablero.)—¿De cuántas letras consta la segunda sílaba?—De dos.—¿Cómo se llaman?—p, o. (Se hará que el niño las busque y coloque sobre el tablero por el orden que les corresponda.)—Haráse lo mismo con la tercera sílaba, y entonces se le dirá:—Leed ahora cada una de esas sílabas.—A...po...lo.—¿Cómo dice todo junto?—*Apolo*.

Los tres ejercicios que acabamos de mencionar, esto es, la lectura en los carteles, la lectura en el libro ó cuaderno (que ha de contener la misma lección que el cartel) y el análisis y síntesis de las diversas palabras y frases del período, han de emplearse simultánea y alternativamente hasta que el niño haya leído toda la serie de palabras contenidas en el primer grado de lectura. Es de advertir, que á estos ejercicios ha de acompañar el de dar á conocer la acepción de las diversas palabras leídas, ejercicio que por lo menos se ha de practicar dos veces por semana. Luego que el niño comience á leer frases, el maestro ha de procurar enterarle, no sólo del significado de las palabras, sino del verdadero sentido de las frases. Llamará también muy particularmente su atención el valor de los signos ortográficos y puntuativos, la entonación y los énfasis del discurso. Ha de ponerse asimismo especial cuidado en que lean el verso con la

medida, pausa y sentido convenientes. Ultimamente, procurará conseguir el maestro, en el último grado de lectura, que el niño cobre afición al estudio de las cosas útiles, y admire y bendiga la Providencia por la armonía de los mundos y los inapreciables dones con que ha dotado al hombre, último término de la Creación.

ENSEÑANZA DE ESCRITURA.

Una de las invenciones más importantes debidas al entendimiento humano, si es que el entendimiento humano ha tenido tan admirable concepción, es la de la escritura. Bien se considere ésta como conjunto de signos representativos directa ó indirectamente de los objetos, ó ya cumpla tan interesante destino pintando sonidos, su invención ha creado al hombre el más poderoso medio de adelantamiento, fijando de un modo sencillo, estable y fácil de generalizar, los progresos de su inteligencia. Por esto la escritura se ha considerado siempre del mayor interés, llegando la exageración al punto de suponer bastante por sí solo el conocimiento de los caracteres y de su ejecución para calificar de ilustrada á una persona, sin curarse de la referencia á las ideas, que es el objeto de aquéllos, esto es, subordinando lo principal á lo subalterno ó secundario: en la opinión general, poseer una hermosa letra, era, hace poco, seguro indicio de un talento privilegiado. Hoy se juzga afortunadamente con más acierto: las letras tienen valor en cuanto representan ideas; se prefiere el discurrir bien á formar buenos caracteres.

No se crea, por lo que acabamos de manifestar, que queremos se abandone ó desatienda la enseñanza de la escritura en las escuelas; queremos, sí, tenga lugar del modo y en las circunstancias que más conduzcan al resultado á que se encamina. Si bien la escritura es un instrumento, un medio, que sólo tiene aplicación cuando la inteligencia ha adquirido cierto desarrollo y algún caudal de ideas que enunciar, su estudio debe comenzar tan luego como lo permitan los órganos de los discípulos, y limitarse á la simple ejecución de las formas, hasta que, adquirido el necesario hábito de trazarlas, y aprendidas las nociones necesarias para el acertado uso de ellas, puedan llenar su objeto.

Lo que acabamos de expresar habrá dado á conocer á nuestros lectores que consideramos la enseñanza de la escritura en la escuela como estudio teórico y práctico de formas, que es el que le corresponde en la enseñanza elemental, y el que le dan los reglamentos y disposiciones vigentes sobre instrucción primaria.

Considerada, pues, la escritura como conjunto de formas, abraza dos partes su estudio: una que trata del conocimiento de estas formas, á saber: las líneas que las constituyen, los trazos elementales, la combinación de éstos para componer los caracteres, las relaciones de dimensión, de distancia, y todo

lo que tiende á dar á conocer al entendimiento dichos objetos; otra, que da reglas acerca del modo de ejecución ó práctica. La primera es puramente científica, y abraza de consiguiente nociones geométricas y de otras ciencias; la segunda es exclusivamente artística.

Clasificados de este modo los conocimientos que abraza la escritura, es fácil deducir el método que debe adoptarse en general para comunicarlos, de modo que no pueden menos de atribuirse las interminables cuestiones sobre métodos, que han separado á los autores y maestros, á falta de un conocimiento claro y preciso del objeto que les ocupaba. Y este juicio viene á comprobarse observando que todos aceptaron tácita y explícitamente un principio que apoya nuestro supuesto, á saber: que los órganos son dirigidos por la inteligencia en la práctica del arte, dependiendo la perfección de esta última del hábito que adquieren los órganos de subordinar todos sus movimientos á las decisiones de aquélla.

La confusión de ideas en el particular que nos ocupa dividió las opiniones hasta el punto de crear dos partidos enemigos acérrimos: uno que creía bastante la imitación para llegar á escribir bien, y otro que atribuía á las reglas por sí solas la posibilidad de dar este resultado; *muestras sólo*, decía, necesitaba el primero; *reglas sólo* quería el segundo; pero en el fondo, todos querían una misma cosa: todos reglas, todos muestras.

No nos comprometemos á refutar con pormenores el exclusivismo de unos y otros sectarios, porque ya ha caído en demasiado descrédito, habiéndose debido en gran parte tan provechoso resultado al eminente calígrafo el P. Santiago Delgado, cuyos conocimientos teóricos, y especialmente prácticos del arte, le dieron un lugar tan distinguido entre los que lo profesaban; al no menos célebre calígrafo general D. Torcuato Torío de la Riva, que supo combinar, así como el anterior, las reglas y las muestras, estableciendo métodos racionales que sólo necesitaban algunas modificaciones para llenar cumplidamente su objeto, y á sus continuadores en esta buena vía los señores Iturzaeta y Alverá. Nos limitaremos, pues, á dar á conocer qué es lo que creemos preferible en el particular, haciendo previamente algunas indicaciones que sirvan de fundamento á nuestro método.

Lo que llevamos manifestado acerca del juicio que nos merecen los autores de obras de escritura, así partidarios de la imitación como de las reglas, y posteriormente los que combinaron un medio y otro, habrá dado á conocer á nuestros lectores que opinamos como estos últimos. Ni podía ser otra cosa después de haber comprendido la clasificación de los conocimientos de escritura que dejamos establecida. Cuando se trata de estudios que requieren práctica, es evidente que la inteligencia ha de dirigir los órganos para que la ejecución sea buena; y á fin de que esto tenga lugar deben darse á conocer los objetos y el modo de ejecutarlos; son necesarias, en una palabra, reglas. Dejar á la vista y al entendimiento del niño el percibir las di-

ferentes relaciones de las formas, no es seguir el orden natural; no es empezar por donde debiera empezarse; es dificultar el aprendizaje del objeto que se trata de dar á conocer; es crear en el discípulo de escritura la timidez del ciego, que no conoce el terreno que se ve precisado á recorrer. Cuando aquél tiene idea de lo que ha de hacer, sólo falta que los órganos se habitúen á subordinarse á la inteligencia, obrando según las prescripciones de ésta: mucha práctica. No debe deducirse de lo que dejamos consignado que nos ponemos en contradicción con las ideas que acabamos de emitir, suponiendo innecesarias las muestras; en tal caso abandonaríamos uno de los más grandes medios de educación y enseñanza con que los niños cuentan, auxiliar poderosísimo, particularmente para aprender las artes liberales, el instinto de imitación; y faltaríamos al principio general, tan recomendable en enseñanza, que aconseja utilizar todos los medios, todos los resortes, para conseguir el fin de la manera más fácil.

Viniendo á pormenores, á procedimientos de enseñanza en escritura, habremos de dividir ésta en dos periodos graduales: el primero, que comprende la instrucción de escritura propiamente dicha, esto es, el conocimiento teórico y práctico de los caracteres y demás signos; el segundo, la aplicación de éstos á la representación indirecta de ideas. El primero es el medio, es el instrumento; el segundo es el fin, es el objeto. Pero como no puede llegarse á un fin, á un término, sin emplear ciertos medios, y en el caso de que tratamos, sin que este medio se haya hecho tan habitual, tan propio que su ejecución no ofrezca dificultades, de aquí el procurar todos los profesores del arte de escribir que han llegado á entenderle, limitar al principio la enseñanza al conocimiento de los signos, y para que ésta pudiera adquirirse pronto, elegir las formas que más se prestaran á la ejecución fácil y veloz, sin desatender por eso las demás condiciones que deben satisfacer, y cuidando de imponer al discípulo en lo que había de ejecutar.

El P. Santiago Delgado quería que la clasificación de los discípulos de escritura no tuviese por objeto atender sólo á la práctica del arte; quería que el profesor explicara todo lo que el niño debe conocer, así como la posición del cuerpo, modo de tomar la pluma y de sentarla en el papel, como de la forma de los caracteres, modo de ejecutarlos y de ligarlos, pasando siempre de lo más fácil á lo más difícil, y al efecto, además de la explicación que daba en el encerado, escribía delante de los discípulos para que viesen llevada á la práctica la teoría, y pudiesen obrar del mismo modo; se ve, pues, que utilizaba los principales medios que ofrece el arte pedagógico para conseguir el fin. Pero como el P. Santiago Delgado y los de su tiempo no conocían los sistemas de enseñanza, no tenía lugar ésta tan regularmente como puede efectuarse hoy, merced á los adelantamientos modernos. El hecho es, no obstante, que estableció un método que da mucha luz para formar otro correcto. Si este célebre calígrafo hubiese utilizado las indicaciones de Pes-

talozzi acerca de la escritura, nada habría dejado tal vez que desear respecto al método.

Aprovechando nosotros sus consejos y los de sus antecesores y sucesores, hemos formulado el método que creemos más conforme con la naturaleza y con las circunstancias de los discípulos. Nosotros empezáramos dando á conocer á éstos líneas rectas paralelas en diferentes direcciones, ángulos, triángulos, cuadriláteros, elipses, y las demás líneas y figuras que concurren á formar las letras, procurando las ejecutaran en pizarra, como ejercicio de cálculo visual y de pulso, y no pondríamos la pluma y el papel en sus manos hasta que conociéramos habían adquirido suficiente disposición para hacer buen uso de estos objetos, lo cual depende en gran parte de la edad, ó mejor diremos del desarrollo de su organización. Lo contrario es hacerles desperdiciar papel y contraer malos hábitos de usar dichos instrumentos. Si se nos arguyera que adquieren los niños con la pizarra demasiada dureza de pulso, contestaríamos que esta dureza la tienen desde luego, porque les falta el hábito de manejar el lápiz ó la pluma, y desaparece cuando han adquirido facilidad en el uso de estos instrumentos. Además, ¿no tiene el maestro en su mano el empleo de papel terso, que obligue al discípulo á correr con la pluma, si es que alguno necesita la adopción de este medio, así como papel áspero ó bronco para obligarle á que la sujete en el caso de que la sostenga débilmente? Tan luego como el niño se ha ejercitado en el dibujo de las líneas y figuras indicadas lo bastante á haber formado su ojo y pulso, no hay inconveniente en entregarle el papel y la pluma, y aun debe hacerse así, porque habiendo de escribir la letra española, cuya forma en general está sujeta á un rigorismo geométrico, que no exigen el carácter inglés ni otros, el escribir en pizarra sólo serviría, á lo menos hasta que la poseyera bien el discípulo, para que contrajese vicios. La enseñanza en el papel no la empezáramos en el estampado con la cuadrícula, porque esta guía sujeta demasiado la imaginación del niño cuando no se ha preparado del modo que dejamos expuesto, y es innecesaria si ha tenido dicha preparación. En la cuadrícula se ve precisado á ir calculando por dónde ha de llevar la pluma para no faltar á las rigurosas prescripciones que le ha hecho el profesor en su explicación, y en las muestras que pone á su vista. Quintiliano, y después autores italianos y españoles, recomendaban planas donde estuviesen grabados los caracteres, á fin de que los niños se habituaran con semejante guía á los movimientos que requiere la escritura, y no creémos anduvieran muy desacertados; sin embargo, era incompleto el medio que proponían, y no tiene buena aplicación á la letra española: había un fondo de verdad en su opinión, pero requería rectificaciones. Indudablemente, cuando el niño conoce la forma de los caracteres y demás teorías que hemos indicado, sólo le resta adquirir hábito de los movimientos que dicta la inteligencia para la ejecución de aquéllos; y á este fin podría emplearse con muy buen éxito un medio analogo al enunciado,

como por ejemplo, el papel transparente, para colocar debajo muestras á propósito que sirvan de guía al discípulo, y le permitan correr con la pluma, si bien este medio puede mejorarse notablemente, y esperamos se mejore por persona dedicada al estudio especial de este ramo de enseñanza. Si se nos objetase que por este procedimiento adquieren todos un mismo carácter de letra, y que esto ofrece grandes peligros, por lo que se presta á la falsificación, refutaríamos la consecuencia, y la refutaríamos con hechos: todos los niños adquieren por este procedimiento el mismo carácter; pero cada uno le modifica según sus disposiciones especiales, cuando después de poseer lo esencial se le permite abandonar la regla á que se le ha sujetado. Hechos infinitos podemos citar, tomados de autores antiguos, en apoyo de nuestro aserto, y aun de escuelas existentes ó que existían muy pocos años ha, donde hemos tenido ocasión de observar los efectos del indicado procedimiento.

Luego que el discípulo está al corriente de la ejecución de las diferentes líneas y figuras consideradas absoluta y relativamente, debe empezar haciendo en papel de trazo mediano ó general (vulgo *palotes*), por cuyo medio va enterándose del asiento de la pluma y del modo de llevarla, para que resulte aquel trazo con el grueso correspondiente. En este grado de la enseñanza es muy necesaria la explicación del profesor para afirmar al discípulo en el conocimiento de la teoría que va á practicar, de la cual depende en gran parte el éxito final de la enseñanza. Luego que ejecuta bien dicho trazo, debe agregársele la curva que unida á él forma la *i*; esto es, debe ejecutar *ies*. Si gran cuidado han requerido de parte del maestro los primeros ejercicios de pluma, mucho más lo requiere éste, porque la curva es lo que caracteriza la letra, y de consiguiente, lo que más importa de ella. Haciendo *ies*, aprende el discípulo á hacer *ues*; prolongando algo por arriba la *i* resulta la *l*; y con estas tres letras ya puede empezarse á formar palabras. Graduando los ejercicios por orden de facilidad, para cuya graduación conviene no perder de vista que las letras exteriores, ó de palos altos ó bajos, son naturalmente más difíciles, se procurará ir aumentando el número de palabras con las letras que sucesivamente vaya conociendo el niño, hasta que ejecute bien todas ellas, lo cual se conoce, á pesar de la muestra guía, si el maestro posee el arte. Ningún ejercicio de mayúsculas debe tener lugar hasta llegar á este caso; entonces empezará el aprendizaje de ellas, y sucesiva y gradualmente se continuará desde papel de tercera sin caídos, del Sr. Iturzaeta, hasta el blanco.

La recomendación que hacemos de ir combinando las letras para formar palabras, tiene por objeto, como habrán podido deducir nuestros lectores, ir auxiliando el estudio de la ortografía por medio de la práctica; suponiendo, como debemos suponer, que al llegar el discípulo á este grado ha tenido suficiente ejercicio de descomposición de palabras en sílabas, y de éstas en letras; de consiguiente habrá de procurarse continuar este estudio, terminando su combinación con el de la escritura, pro-

piamente dicha, copiando en papel cartas y otros géneros de composiciones, y ejercitándose al dictado en la pizarra, sin que lo uno se oponga á lo otro, y teniendo ambos como complemento ejercicios de composición de los diferentes ramos de enseñanza, en los que se combinan los estudios de escritura, gramática y ortografía, y sirven para cultivar la inteligencia, obligando al discípulo á ordenar ideas para exponerlas de la manera más regular y conveniente.

ENSEÑANZA DE LA ESCRITURA AL DICTADO Y DE LA ORTOGRAFÍA PRÁCTICA.

La escritura al dictado, no sólo perfecciona los conocimientos caligráficos, dándoles soltura y fijeza, sino que auxilia los de la lectura, y es indispensable para adquirir la práctica de la ortografía. Por muchos conocimientos teóricos que se den al niño, jamás conseguiremos perfeccionarle en este estudio sin los ejercicios combinados de escritura al dictado. La ortografía; esto es, el empleo de las letras para representar las palabras se funda en el oído, en la etimología y en el uso. Cuando la letra designa fielmente el sonido, el oído no puede engañarnos; pero cuando tenemos que apelar á la etimología y al uso, ¿cómo hemos de dar tan frágiles y difíciles reglas á los niños?— El uso no le conocen, la etimología la ignoran; ¿Qué hacer? Acudir á la práctica es el único remedio, y la escritura al dictado nos sirve admirablemente para tal objeto.

Al efecto debe prepararse una serie de lecciones, que han de colocarse en tablillas del tamaño de una cuartilla de papel. Estas lecciones han de reproducir en caracteres más diminutos todas las del primer grado de lectura. Además han de aumentarse con listas de palabras de dudosa ortografía, y terminarse con las del segundo grado de lectura, que tiene por objeto enseñar al niño el uso de los diversos signos ortográficos y puntuativos.

Respecto al cómo ha de emplearse este medio, nosotros creemos es indispensable valerse de las pizarras por varias razones. En efecto, las pizarras facilitan las correcciones, así del discípulo como del maestro ó instructor; esto es, si el niño se equivoca, puede fácilmente enmendar el error si ha reparado en él, ó bien por habérselo señalado el maestro, ó quien lo representa; las pizarras sirven en cierta manera de ejercicio muscular, y hacen que el de la escritura parezca diferente, lo cual es de no pequeña utilidad en las escuelas por la natural volubilidad de los niños; finalmente, las pizarras producen una gran economía de papel, plumas y tinta, y permiten indefinidamente la repetición y el uso frecuente de esta clase de ejercicios. Por lo que hace á la manera de proceder en ellos, juzgamos que conviene adoptar el orden que se sigue en las escuelas mutuas para la escritura general en pizarras. Así, cuando el sistema de

enseñanza es el mutuo ó el mixto, el procedimiento está reducido á lo siguiente:

Los niños han de colocarse en las mesas, subdivididos en secciones, y teniendo á su frente un instructor. Hecho lo cual, el inspector de la clase dirá: *Atención: cojan pizarras* (los niños han de tomarlas del clavo).—*Presenten pizarras* (deben tenerlas cogidas por sus dos lados en una posición perpendicular á la mesa y dos dedos separada de ella).—*Bajen pizarras* (han de colocarlas simultáneamente sobre la mesa).—*Limpíen pizarras* (lo harán con un pedazo de esponja).—*Manos abajo* (han de colocarlas sobre los muslos).—*Manos arriba* (deben colocarlas sobre la mesa).—*Tomen pizarrines* (han de ejecutarlo).—*A escribir*.—Entonces el instructor de la sección menos adelantada dirá: *Primera sección, á escribir allí*. Luego que este instructor haya concluido de dictar, han de seguir sucesivamente los demás instructores dictando cada vez palabras ó frases de mayor dificultad. Terminada esta operación el número de veces que se juzgue necesario, según el tiempo de que puede disponerse para esta clase de estudio, ha de comenzar la corrección, durante la cual los telégrafos, vueltos hacia la plataforma del maestro, deben presentar las iniciales B X., hasta que, concluido este trabajo, se vuelve el telégrafo para que presente el número de la Sección. Cuando todos se hallen en este caso, se da por terminado el ejercicio ó trabajo. Las voces de este procedimiento pueden variarse por señales convencionales.

Cuando el sistema adoptado en la escuela sea el simultáneo, no por eso se ha de suprimir esta práctica. La diferencia ha de consistir únicamente en que ha de haber menos secciones, y en que el maestro ha de ser el que dicte y corrija.

Estos ejercicios son de un éxito seguro, no sólo para la enseñanza de la ortografía y uso de los signos puntuativos, sino que, como ya hemos dicho, auxilian admirablemente la de la lectura, fortifican la de la gramática, y son el natural complemento de la escritura. Si los profesores preparan la serie de lecciones de la manera que dejamos indicada, pueden estar seguros de obtener resultados muy superiores á los que puedan presumir.

ENSEÑANZA DE LA GRAMÁTICA.

El más precioso de los dones con que el Omnipotente dotó al hombre, es sin duda aquel que le permite transmitir á sus semejantes los diversos pensamientos que le asaltan, por medio de la palabra. La palabra es el lazo más fuerte que liga la humanidad. Por eso fuera de desear que todos habláramos un mismo idioma. Pero ya que esto no sea posible, nadie pondrá en duda la utilidad de que cada nación cuide de cultivar y perfeccionar el suyo. La riquísima y sonora lengua castellana, que nos cupo en suerte poseer, es una rica mina que no debemos dejar sin beneficiar si apetecemos un lugar honroso entre las